

## PUERTA REAL

## La última frontera

## ESTEBAN DE LAS HERAS BALBÁS

Las subastas y ventas vienen con la muerte, a la que vamos arrinconando en tanatorios asépticos en un vano intento por alejarla de nosotros



**E**ntramos en el puente de Todos los Santos con sol, nuevo Gobierno, playa, fútbol y crisantemos para honrar a los difuntos. Y una hora más, de propina. Anoche los relojes se atrasaron para darnos la oportunidad, como decía Jesús Lens, de volver a vivir sesenta minutos y rectificar las tonterías que uno haya hecho entre las dos y las tres de la madrugada. Una hora es demasiado poco tiempo para cambiar de hábitos. Como mucho te da para tomarte otra copa en cualquier garito de la noche. Encaramos los días que la costumbre había reservado para honrar a los que pasaron la última frontera y nos dejaron ese vacío inmenso que viene con su ausencia. Pero la tradición de honrar a nuestros muertos está de retirada ante la fiesta de Halloween, que se impone con sus disfraces y tontunas importadas del mundo anglosajón. Y no es que Don Juan lleve años sin subirse al escenario, es que también se fueron arrumbando los viejos hábitos que venían de la noche de los

tiempos; los que las culturas hebrea y griega nos trajeron, con sus lutos, oraciones, salmos y elegías. Todo el pueblo asistía a la despedida del que había pasado a la región del Hades. Esto venía siendo así mucho antes de que Homero nos contara, en uno de los pasajes más bellos de la Iliada, el rescate del cadáver de Héctor, muerto por Aquiles, y la amargura de Héctor, su madre al recibir su cuerpo: «Tu eras todo para mí: el alma y la vida, la alegría y la gloria. Eras la esperanza y la salvación para los troyanos, y ellos y sus mujeres te miraban como se mira a un dios. Tu valor era nuestra gloria más grande y ya no te tenemos». El dolorido sentir de aquella madre se ha mantenido durante siglos en la hora del adiós.

Recordatorios, flores, velatorios, hachones, obituarios y esquelas mantienen la memoria de los fallecidos, junto a las viejas fotos enmarcadas que nos miran sin ver mientras esperan la llegada del fin de los tiempos. También quedan en el fondo de un cajón algunos objetos de los au-

tes: el reloj de bolsillo, el rosario de nácar, el pañuelo bordado, el abanico, los zarcillos de plata, el misal o los libros. Así es hasta que alguien decide desprenderse de estas cosas y salen a la calle, en almoneda, los libros del abuelo. Sólo hay que darse una vuelta estos días por la Fuente de las Batallas y husmear en los estantes, donde ejemplares que sirvieron a su propietario para descontrañar el misterio de la vida o de la historia, o simplemente gozar con su lectura, se venden en la Feria del Libro de Ocasión. Todavía quedan, o quedamos, algunos pertinaces lectores que disfrutamos con la adquisición de estos volúmenes en los que su dueño estampó su firma, subrayó párrafos u olvidó una carta.

Coleccionamos libros viejos como las abuelas, llevadas por su devoción, coleccionaban estampas con un trozo del hábito que vistió una monja milagrosa. Y hay veces que entre las páginas de un desventrado devocionario, que también se vende, aparecen esas reliquias junto a recordato-

rios de primeras comuniones de niños que ya no existen. Son hábitos y costumbres que agonizan, igual que se extinguen los viejos rituales que rodeaban la cultura de la muerte.

Ahora toca la cultura bulliciosa de Halloween, con sus disfraces de zombis o esqueletos y las travesuras del 'truco o trato'. El caduco culto a las reliquias ha dado paso a los coleccionistas de la ropa que vistieron sus ídolos. Se ofrecen cantidades desorbitadas por una camisa de Elvis Presley, los pantalones de Michael Jackson o un vestido de Marilyn Monroe. Por el vestido que llevaba la actriz en la fiesta de cumpleaños de John F. Kennedy se pagaron no hace mucho 1,3 millones de dólares; en la nueva subasta que tendrá lugar este mes de noviembre se espera llegar a los 2,7 millones de euros. Y no sólo son vestidos y camisas. Hay quien ha pagado 14.000 dólares por el chicle que masticaba Britney Spears en un concierto del año 2000, o 390.000 libras por el último chi-

cle que saboreó Alex Ferguson el día de su retiro como entrenador del Manchester United. Se subastan cartas, mechones de cabello, trozos de tarta mordidos por famosos... y hasta las bragas que Isabel II olvidó en el avión cuando la Reina de Inglaterra viajaba a Chile en 1968. Tendencias de los nuevos tiempos, en los que hasta se subastan virginidades. Pero estábamos en la tragedia de la muerte. Hay una vieja foto de Hemingway que visitó a Pío Baroja, de cuya muerte se cumplen hoy sesenta años, cuando el estado de salud de don Pío era tan precario que ni se enteró de la visita ni de que le había llevado una botella de whisky. No sé si alguien se bebió la botella o si saldrá a subasta cualquier día de estos.

Las subastas y ventas vienen con la muerte, a la que vamos arrinconando en tanatorios asépticos en un vano intento por alejarla de nosotros. Los noticiarios tratan de evitarnos su visión para no herir la sensibilidad, aunque nuestros hijos vean luego miles de muertos en las películas de Quentin Tarantino. Somos una sociedad tremendamente hipócrita y tampoco en esto íbamos a portarnos de un modo diferente. Al menos nos quedan los crisantemos para llevar estos días hasta las tumbas de quienes pasaron la última frontera y tener un recuerdo para ellos.

## CARTAS AL DIRECTOR

Los originales que se envían a esta sección estarán firmados y se hará constar el DNI junto con el domicilio y el número de teléfono. La Dirección del periódico se reserva el derecho a publicar los textos recibidos, así como de extraerlos. Pueden enviar sus cartas al correo electrónico [cartasdirector@ideal.es](mailto:cartasdirector@ideal.es)

## Malena, un tango para Juan Carlos

Estimado Director de IDEAL: Nubes y claros en el cielo cuando amigos, compañeros, familiares y antiguos alumnos despedían un martes de otoño a Juan Carlos Rodríguez en el cementerio de Granada, junto a la Alhambra. En su adiós, se evocó a Pavese («vendrá la muerte y tendrá tus ojos») y se dijo que Juan Carlos era un regalo de Dios. Cristina Mora entonó cadenciosa 'Moon River' y 'Malena canta el tango' sonó, melancólico, en el frío del último encuentro. Al final, algunos antiguos camaradas de Juan Carlos, puño

en alto, tararearon nostálgicos 'La Internacional'. Unas alumnas llevaban en sus manos rosas al profesor que se ha ido... Pero no hay olvido. No puede haberlo, si se ha sembrado. Decía Luther King que «aunque supiera que el mundo acaba mañana, hoy, todavía, plantaría un árbol». Y eso es lo que hacen los profesores buenos: plantar con sus clases árboles bajo cuya sombra, probablemente, no han de sentarse nunca. Que Juan Carlos Rodríguez los plantó, lo decían, llorosos, los ojos de sus alumnas. Y el grupo de jóvenes que subía en autobús a su entierro, comentando anécdotas de sus clases, cosas que Juan Carlos de-

cía y seguirá diciendo en el recuerdo agradecido, que más de una vez sentará de nuevo en las bancas de otro tiempo a quienes fueron sus alumnos, navíos que llevarán su carga de palabras «hacia puertos distantes, hacia islas lejanas», como dijera Celaya.

Nubes y claros, como en la vida, había en la mañana del 25 de octubre cuando algunos asistentes a la ceremonia de despedida bajábamos andando del cementerio, atravesando la Alhambra. El paraíso que a veces soñamos, si no quiere defraudarnos, tiene que parecerse mucho a este bosque que acaba en Plaza Nueva. Y, como a Borges, nos gus-

taría que fuera también una biblioteca, y que en ella, entre otros muchos imprescindibles, no faltaran libros de Juan Carlos Rodríguez y de Ángeles Mora, que ahora, como Malena en el tango, tendrá pena de bandoneón. Parafraseando uno de sus poemas, recitado por ella en la despedida al que fuera su compañero de vida, habrá de acostumbrarse a otra forma de vida que no estaba escrita, rehaciendo palabras, abrazando la intemperie. Porque, a pesar de la inmensa ausencia, el mundo está -sigue estando, querida Ángeles- aquí.

**JUSTA GÓMEZ NAVAJAS**  
GRANADA

## El juicio de las tarjetas black

Estimado Director de IDEAL: Lo podemos catalogar como el juicio a los ilustrados, porque hay que ver con qué soltura se defienden, después del que el delito por el que están acusados haría temblar a un pobre analfabeto. Los españoles que somos la gran mayoría estamos aprendiendo cómo se puede ser un presunto ladrón y no parecerlo. (Robas una gallina y te enteras de lo que es bueno) y así se escribe la Historia.

**CÁNDIDO CAPILLA GÓMEZ**  
GRANADA

[cartasdirector@ideal.es](mailto:cartasdirector@ideal.es)

**H**ay una compañera de la gremial que le produce grima que escriba sobre historias de difuntos, como si la muerte no fuese algo tan real como la vida. Debe pasarlo peor con mi colega y sin embargo amigo Tito Ortiz, que cada semana nos envía desde el 'más allá' espléndidas columnas donde hace gala de sus ingeniosos recursos periodísticos, pero sobre todo, de su 'vieja' memoria, que conserva, pese a su evidente juventud.

Pero es que al estar cercana la festividad de Difuntos, de forma periódica, es inevitable no sólo recordar a nuestros ancestros y amigos que se marcharon de este mundo sino de unas fechas marcadas por las tradiciones y costumbres populares.

Aunque la ridícula moda importada de Halloween está calando, fundamentalmente, entre los más jóvenes, aún perduran las evocaciones religiosas, teatrales o gastronómicas de la otoñal efeméride. Los burladores sevillanos, los donjuanes, los crisantemos, la obligada visita a los cementerios, los huesos de santo y los clásicos reportajes de los medios de co-

## EL SEMANERO JOSÉ MARÍA GUADALUPE

## Polvo somos



municación que nos enseñan los camposantos más monumentales, los entierros más caros o más baratos y las últimas voluntades de los más excéntricos occisos.

Ésta semana, el Vaticano nos ha pedido a los católicos que seamos respetuosos con nuestros difuntos. Desde hace tiempo, la alternativa de la cremación está ganando adeptos. El Papa Francisco validó el documento, 'Instrucción Ad resurgendum cun Christo', donde se expone, de manera escrupulosa, cómo realizar las honras fúnebres y el entierro de los muertos.

La Iglesia no está en desacuerdo con las cremaciones de los difuntos, aunque se inclina por el tradicional enterramiento. En este aspecto los cementerios, por lo conocido, están

sin posibilidades de ampliarse por razones de espacio. Hay menos tierra para los finados. Quizá sea una de las razones por la que los familiares opten por la incineración que te permite depositar las cenizas en un columbario o llevártelas a casa. De lo primero soy más partidario, pero de lo segundo tengo mis reparos. No me seduce arrojar las cenizas del abuelo al río, con el pretexto, de que era un excelente pescador de cangrejos a mano o las de la abuela al mar, porque era una insaciable degustadora de almejas. Y lo de llevarse a casa al difunto en un bote como el Cola-Cao, tiene el peligro de la fecha de caducidad, caducada, en el tiempo generacional y entonces aquel polvo, de amor y veneración, se convierte en el polvo de la ignorancia 'estorbante'.

Recientemente se han subastado, en la casa de apuestas Julien's Actions, las cenizas de Truman Capote por cerca de cuarenta mil euros, restos del periodista y novelista, que terminaron en casa de unos amigos y como la 'falsa monea' fueron de mano en mano, a peor. Ahora, de ceniza presente, lo que queda del escritor reposa en casa de un fetichista caprichoso. Que falta de respeto, 'in memoriam'...

La nueva norma vaticanista -se dice en el documento- debe abrir las iglesias para los profesos en la fe que deseen ser enterrados en los templos, que es un lugar sagrado donde, con huesos o en polvo, existe mayor seguridad de una merecida perpetuidad de descanso en paz.

Aunque nunca se sabe. Las tropas napoleónicas, además del expolio que llevaron a cabo en el monasterio de San Jerónimo de Granada profanaron la tumba del Gran Capitán. Una venganza 'post mortem' que, al parecer, provocó el traslado -desconocido por ahora- de los restos del ilustre militar montillano, Gonzalo Fernández de Córdoba.